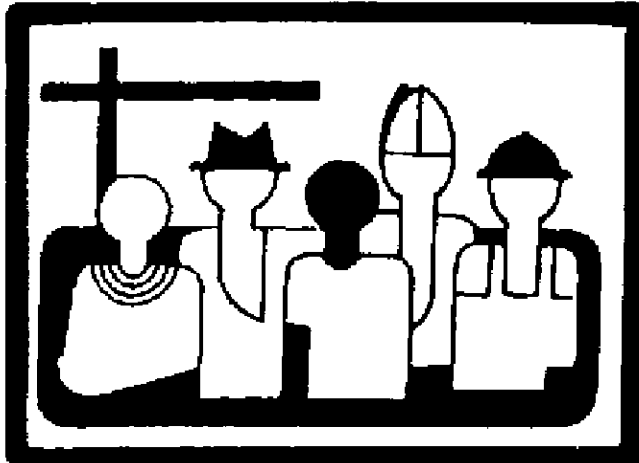


11



LA IGLESIA DEL TERCER MILENIO

Introducción

Nos decimos miembros de una misma Iglesia, pero con frecuencia constatamos que de hecho tenemos ideas distintas de qué es la Iglesia. El inicio del Tercer Milenio nos está invitando a redefinir las notas genuinas que nos deberían caracterizar como comunidad de seguidores de Jesús, llamados a hacer presente el Reino en medio del mundo.

Nuestra Iglesia es comunidad de creyentes en Cristo que realiza la unidad por la comunión en la verdad del Evangelio y en la caridad. Tiene por objeto crear y configurar un hombre nuevo. Pero esta renovación se consigue por la novedad del Evangelio en armonía con el proceso de la historia y los pueblos. La Iglesia no puede ignorar los cambios que se producen en el mundo. Ahí debe ser levadura y luz de la humanidad. Como creyentes podemos contribuir a esta revitalización de la Iglesia.

Objetivo

Tomar conciencia de nuestra participación en el proceso de renovación de nuestra Iglesia

LA IGLESIA DEL TERCER MILENIO

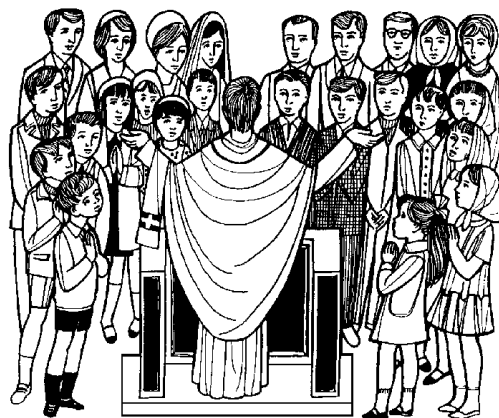
José María Guerrero

En el año 2000 la iglesia ha cumplido dos milenios de camino histórico. Es el momento de mirar al pasado, a los orígenes, para extraer esas notas genuinas que nos deberían definir como comunidad de seguidores de Jesús, llamados a hacer presente el Reino en medio del mundo.

Contemplativa

“Y los llamó para estuvieran con Él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). Una Iglesia que no vive hondamente el encuentro apasionado con Jesucristo y su causa, jamás será una Iglesia cristiana; podría hablar *sobre* Jesús, pero no *desde* Jesús; enseñará *algo* de memoria, pero no testimoniará a Alguien desde la vida.

Por eso, creo en una Iglesia que abre espacios de acogida para esta experiencia y la cuida como a la niña de sus ojos. Sin ser fascinados por el Señor, no podremos ser sus testigos hasta los confines de la tierra, ni sentiremos dentro la fogosa palabra del Evangelio que le hacía exclamar a Pablo: “¡Ay de mí, si no evangelizara!” (1 Cor 9, 16).



Dócil al Espíritu

El Espíritu es, en definitiva, quien guía a la Iglesia. Un Espíritu libre, creativo, a veces desconcertante, que desborda y desbarata nuestros planes, que manifiesta su presencia con dones diversos: carismas, ministerios, servicios (cfr. 1Cor 12, 1-30). Él empuja a la Iglesia a explorar caminos nuevos de fidelidad y compromiso para servir más y mejor, y buscar nuevas presencias. La pasividad, el inmovilismo, el ir para atrás y a la defensiva, la instalación y el conformismo por muy disfrazado de lógica, de prudencia y de cálculo que se presenten, son signos de que el Espíritu ha sido sofocado o simplemente no ha sido atendido o recibido (1 Tes 5, 19).

Una Iglesia dócil al Espíritu es una Iglesia abierta, disponible a las incesantes llamadas que el Espíritu le hace desde la historia, para anunciar sin glosas la Buena Noticia del Reino en lenguaje inteligible, que no sabe de miedos ni rigidez, y en la que ninguna ley esté por encima del Espíritu.

Comunitaria

Una Iglesia cada vez más comunidad, fundada en la idéntica dignidad de hijos de Dios que todos poseemos, y que nos iguala a todos como personas, aunque desempeñemos funciones diferentes. En esta Iglesia-Comunidad no hay miembros que reciben pero no dan -un cuerpo vivo no puede tener miembros muertos-, sino que todos se sienten protagonistas de una misma misión -anunciar la Buena Noticia del Reino-, que a todos nos compromete, porque es de todos. Y ese privilegio exige la responsabilidad de participar activamente, cada uno según su carisma, no solo en la etapa *ejecutiva* sino también en la otra previa y fundamental del *discernimiento concreto* de las exigencias de la misión. Y por ser comunidad, la Iglesia ha de ser el hogar de todos -“*Todos sois*

hermanos" (Mt 23, 8)-, en el que nadie se sienta extraño (cfr. Hch 2, 42-47; 4, 32-35); un hogar en el que todos tengan nombre y apellido y puedan compartir con libertad lo que piensan, lo que sienten y lo que sueñan, sabiéndose comprometidos, apoyados y estimulados, por hermanos y hermanas que se quieren, sin que nadie tenga que protegerse de una crítica fraternal; un hogar en el que todos puedan crecer.

Sencilla y humilde

Una Iglesia que se renueve en su modo de proceder más conforme al estilo de Jesús, pobre y humilde, siervo y servidor de todos (cfr. Mt 12, 18; 20, 26), ajena a esa forma propia de los señores de la tierra, llena de autoritarismo, prepotencia y lejanía; una Iglesia que deja ese modo más magisterial, más desde arriba, cuando habla a su pueblo y "tiende la mano", como Yahvé, que enseñó a caminar a Efraín "tomándole por los brazos" (Os 11, 3), y como Jesús, el Maestro, que enseñaba conversando por el camino.

Confieso mi gozo y mi gratitud a una jerarquía que, como don del Espíritu, está al servicio de la unidad de la Iglesia y que vive, por tanto, con sencillez y modestia su tarea de animación, coordinación y gobierno - porque Jesús, su Fundador, lo quiso (cfr. 1 Cor 12, 28-31; Ef 4, 11.12, etc.)-; que no acepta dignidades ni aspira a privilegios, porque lo suyo es servir a ejemplo de su Maestro (Mc 10, 45).



Admiro a esa jerarquía de la Iglesia que, por ser jerarquía de amor ("¿Me amas más que estos?", Jn 21, 15), no quiere saber nada de dominación, de poder y de prestigio; que ayuda con humildad a reconocer y respetar cada uno de los carismas, a promoverlos y coordinarlos, sin olvidar que la libertad del Espíritu supera y va más allá de las fronteras que nosotros podríamos fijarle. Y pido para esta Iglesia la gracia de vivir la *kénosis* del abajamiento como Jesús, manso y humilde de corazón (cfr. Mt 11, 29). Porque se trata más de abrigar que de conquistar; ser soporte y techo más que oficina o burocracia;

servidora como Jesús en el lavatorio de los pies (cfr. Jn 13, 12-8), más que impositora de pesadas cargas (cfr. Mt 22, 34).

Misionera

Que vive para evangelizar y que no quiere ni puede replegarse a sus *cuarteles de invierno*, ni encerrarse en sí misma, como los discípulos en el Cenáculo por miedo a los judíos, porque la sal es para sazonar, no para guardarla en la despensa. Si la luz no ilumina la ciudad, ya no tiene ningún sentido.

Me encanta ver a la Iglesia con la alforja al hombro y el bastón en la mano para ir en disponibilidad por esos mundos de Dios, haciéndose memoria viva, buena noticia de Jesús en y para los hombres y mujeres todos: no noticia verbal, sino noticia viviente, como los profetas y testigos de siempre. *Dar noticias* es un oficio, *ser noticia* es un modo de ser que involucra a la Iglesia toda. "Seréis mis testigos" (Hch 1, 8), nos mandó el Señor, es decir, "seréis mi memoria viva". Admiro a una Iglesia que, como Pablo, grita sin poderse reprimir: "¡Ay de mí, si no evangelizara!" (1 Cor 9,16).

Samaritana

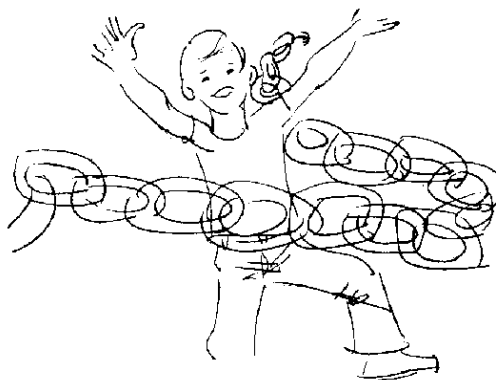
Que no pasa por los caminos de este mundo con una actitud calculadora y egoísta, ni siquiera indiferente, sino con un corazón con entrañas de misericordia, capaz de captar, como un sismógrafo

finísimo, todas las *deshumanizaciones* de los hombres y mujeres de nuestro mundo, para, como el Buen Samaritano (cfr. Lc 10, 29-36), esforzarse por curar las heridas de tantos y tantas golpeados por la injusticia y la violencia de hermanos insolidarios y hasta crueles, a veces.

Admiro a una Iglesia samaritana que no da rodeos cómodos y ni pasa frente a nadie con un corazón distraído, que siente el vértigo de la caridad que le hace bajar a los infiernos de los hombres, a los que sigue bajando el Crucificado en sus seguidores, que tienen muchos nombres, pero un denominador común: la dignidad humana profunda.

Profética

Que anuncia con intrepidez y libertad, sin miedos ni componendas, la Buena Noticia del Reino, que no es condenación sino misericordia; que no es castigo sino compasión; que no es indiferencia sino solidaridad; que no es prepotencia sino sencillez; que no es esclavitud sino libertad; que no es odio sino reconciliación; es decir, que no es *otro mundo* sino un *mundo otro* y, finalmente, que no es solo decir sino hacer: “*Por los caminos proclamad que el Reino de Dios ha llegado: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios*” (Mt 10, 7- 8; Lc 4, 31-41).



Sueño en una Iglesia que no calla por cobardía lo que otros gritan con odio, sino que habla como los profetas desde un amor a Dios, su Señor, que nos quiere hijos y hermanos y no dominadores y esclavos, y denuncia con valentía los atropellos de los derechos humanos, el odio y la irracional violencia, a los injustos y explotadores que “*venden al inocente por dinero, al pobre por un par de sandalias y tuercen el proceso del indigente*” (Am 2, 6-7).

¿Cómo profetizar hoy? Es difícil cuando el tiempo es de transición y nos faltan guías experimentados y caminos claros. Será el profetismo del viento suave de Elías (1Re 19, 12), de la alcuza de la viuda al profeta Eliseo (2Re 4, 1-7); el profetismo de la continuidad, de ir a la casa del pueblo, de vivir con él a su ritmo, fortalecer su esperanza y su fe, cantar y festejar, recuperar todo el sentido de la vida y de la Pascua.

Pobre y desinstalada

Amo y anhelo una Iglesia cada vez más pobre y desinstalada al estilo de Jesús, su Maestro y Señor, que anuncia la liberación de los pobres de todas las esclavitudes, hace suyas sus legítimas causas y lucha en cristiano por la promoción de la persona y de todo en las personas, sobre todo, de los más empobrecidos económicamente y más marginados social y culturalmente, y desde ahí anuncia el Evangelio a todos: a los más desvalidos de la sociedad para que accedan a una vida digna de los hijos de Dios, y a los ricos de este mundo para liberarlos de la idolatría del dinero y del orgullo que engendra, porque así no entrarán en el Reino de los cielos.

Esta opción preferencial por los pobres configuró la vida y la misión de Jesús (cfr. Lc 4, 18) y, por lo tanto, ha de configurar la vida de sus seguidores. La predilección por los pobres no es una moda, nunca lo fue. Pertenece al núcleo mismo del Evangelio. Sueño, por tanto, en una Iglesia comprometida con los pobres y excluidos de este mundo y con sus legítimas causas, y que exprese esta opción decisiva y totalizante en clave de presencia, inserción -cambiar de *lugar físico y social* siempre ha sido uno de los modos usados por la Iglesia para renovarse y rehacerse-, e inculturación, que es

fruto de mucha contemplación, de exigente desprendimiento y de un gran amor a nuestros hermanos y hermanas.

Sueño con un Iglesia inculturada, que no quiere imponer cargas injustas, ni atropellar otras culturas, ni manipular ni domesticar indebidamente el Evangelio, y pide perdón por haberlo hecho con alguna frecuencia a lo largo de la historia. Si Cristo nos salvó, encarnándose y solidarizándose con nosotros, no es desde lejos como la Iglesia debe inclinarse al hombre. Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura, no puede darse sino inculturado. Admiro a una Iglesia que siente que su misión es evangelizar sin fronteras, pero en diálogo, respeto y comunión con y todos los hombres y culturas y, por eso, es una y plural.

Laical y femenina

Que asuma la vocación propia de laicos, que les deje recuperar espacio y fuerza en la Iglesia como signos de los tiempos y los impulse a ser miembros activos y corresponsables en el corazón del mundo, para que en la familia, la política, la fábrica, la educación, el arte sean levadura de Dios para la historia, se hagan presencia del Reino y transformen desde dentro la realidad socio-política, económica, cultural según el criterio del Evangelio.

Sueño en una Iglesia que integre más a las mujeres en su seno, haciendo suya la praxis de Jesús, que predicó la Buena Noticia rodeado y seguido de discípulos y discípulas para el Reino (cfr. Lc 8, 2; 24, 9-10). Deseo vivamente que asuma a la mujer como don de Dios, gratitud y ternura divina, auxilio verdadero del hombre (cfr. Gen 2, 18), porque en esta civilización de la violencia y del individualismo, ella es reserva de humanidad para la cultura de la vida y de la solidaridad. Admiro también a la Iglesia que se esfuerza por abandonar su talante milenarista de dominación y superioridad patriarcal -que le hace revisar toda la cuestión del género- y coloca el *genio de la mujer* al servicio de la fecundidad de la Iglesia.



Peregrina en la historia

Una Iglesia que acompaña a toda persona que busca guías para caminar en el seguimiento de Jesús; que marcha en la historia como punto de lanza de una humanidad que no tiene aquí su morada definitiva, señalándole el rumbo acertado; una Iglesia que no es museo ni fortaleza, sino tienda de campaña, abierta a la escucha, al diálogo, mientras camina hacia una toma de decisiones de manera más compartida.

Lo que creo y lo que veo me permite afirmar que la Iglesia que inicia el tercer milenio, en muchos aspectos y en muchos campos, será diversa, más modesta y cercana. Tendrá que profesar la fe sin frases hechas. La Iglesia nuestra será más sencilla y transparente. No juzgará todo ni decidirá sobre todo. Dejará espacios a la diversidad. Se profesará una religión de libertad que no reducirá el espacio de la corresponsabilidad personal ni las características propias de cada persona. La pedagogía de la Iglesia será más positiva, de madre y pedagoga, y abrirá puertas, ventanas y horizontes, abrirá su corazón a todos, especialmente a aquellos que han perdido el sentido de la vida y se les murió la esperanza. Todos ellos encontrarán en la Iglesia ternura y fortaleza, es decir, un hogar.



PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR

- Exprese las ideas más significativas del texto de José María Guerrero y las inquietudes que le han promovido
- ¿Cuál de las características apuntadas en el documento ven más significativa y necesaria en el momento actual de la Iglesia? Indiquen los motivos.
- Revisen la propia parroquia o comunidad cristiana de referencia desde estas mismas características apuntadas por el autor. ¿Cuáles se dan y cuáles no? Narren ejemplos o experiencias concretas.
- ¿En qué medida cada uno se compromete y colabora con la comunidad cristiana local para hacer realidad este tipo de Iglesia? ¿Cómo sienten el aporte de la Fraternidad a este tipo de Iglesia?
- ¿Con qué preguntas sobre la Iglesia se identifica más cada miembro de la Fraternidad y a qué le compromete personalmente? :



PREGUNTAS SOBRE LA IGLESIA

1. ¿Sabrá sentar en su mesa a los pobres, que son vicarios de Cristo?
2. ¿Acertará con su contribución a la paz, la justicia y la ecología?
3. En su encuentro con el mundo, ella que se ha definido a sí misma “experta en humanidad” (PABLO VI, en su discurso en la ONU). ¿Sabrá realizar la aportación de un *exceso en humanidad* (GOMEZ CAFFARENA) o un *plus de generosidad*?
4. ¿Cómo resolverá la situación de emergencia pastoral, cada vez más frecuente, en la que viven tantas comunidades a las que por carecer de presbítero se les arrebatara su derecho a celebrar la Eucaristía?
5. ¿Tendremos lucidez evangélica para afrontar el (nuevo) reto de las transformaciones de las prácticas religiosas, facilitando el encuentro con Dios en la historia?
6. ¿Tendremos la destreza de acreditar públicamente la relevancia de la fe también en nuestra sociedad democrática?
7. ¿Qué reformas organizativas deben emprenderse prudente y eficazmente para que las instituciones eclesiales compaginen en sus estructuras -y no solo en los documentos oficiales- pluralismo y comunión?
8. ¿Seremos capaces de llevarlas a la práctica en el tiempo oportuno?
9. ¿Se resolverán nuestros conflictos eclesiales -Roma e Iglesias locales, Iglesias pobres y ricas, mujeres y hombres en la Iglesia, laicado y jerarquía, servicio a la

Verdad y acceso a las verdades- o se enquistarán para siempre en el seno mismo de la comunión eclesial?

10. ¿Cómo evitaremos las ofertas de solución miopes -tradicionalismo e integrismo- o inviábiles -las inevitables y suicidas fugas hacia adelante que siempre se dan, cuando cunde el pánico- a tan graves problemas?

PARA ORAR

⇒ **Lectura** (MCHF, 19)

“Fieles a la tradición del P.Champagnat y de los Hermanos, vivimos en comunión con nuestras respectivas Iglesias locales –parroquias o diócesis-, y colaboramos con los otros movimientos y grupos eclesiales”.

⇒ **Canto:** *Iglesia peregrina*

Todos unidos, formando un solo cuerpo
un pueblo que en la Pascua nació.
Miembros de Cristo en sangre redimidos,
Iglesia peregrina de Dios.
Vive en nosotros la fuerza del Espíritu
que el Hijo desde el padre envió.
El nos empuja, nos guía y alimenta
Iglesia peregrina de Dios.

**Somos en la tierra
semillas de otro reino,
somos testimonio de amor.
Paz para las guerras
y luz entre las sombras,
Iglesia peregrina de Dios.**

Rugen tormentas, y a veces nuestra barca
parece que ha perdido el timón;
miras con miedo, no tienes confianza,
Iglesia peregrina de Dios.
Una esperanza nos llena de alegría
presencia que el Señor prometió.
Vamos cantando, El viene con nosotros,
Iglesia peregrina de Dios.

Todos nacidos con un solo bautismo,
unidos en la misma comunión.
Todos viviendo en una sola casa,
Iglesia peregrina de Dios.
Todos prendidos en una misma suerte,
ligados a la misma salvación.
Somos un cuerpo y Cristo es la cabeza,
Iglesia peregrina de Dios.



- ⇒ Hacemos eco de los contenidos del canto, expresándolo en oración (petición, acción de gracias...)
- ⇒ Con el *Padre nuestro* expresamos nuestra comunión con todos los miembros de nuestra Iglesia.

